

## Sábado XXVI del TO Ciclo B



5 de octubre de 2024

Jb 42, 1-3.5-6.12-16

Sal 118

Lc 10, 17-24

P. Eduardo Suanzes, msp

**Resumen preliminar Libro de Job.** [En la Primera Lectura seguimos con el Libro de Job que empezamos el lunes pasado y que concluimos hoy. Recuerden: el autor de este cuento se inventa esta historia para establecer que no es de Dios la idea de la retribución divina, es decir, que Dios premia a los buenos y castiga a los malos y que por tanto, te irá bien si cumples la voluntad de Dios y te irá mal de lo contrario. El «satán» quiere demostrarle a Dios que el ser humano es voluble, interesado e incapaz de serle fiel; y apuesta contra Dios a que se lo demuestra en el fiel Job. La apuesta de Dios es, por el contrario, la libertad del hombre. Satán comenzó su partida contra Dios, pero la primera mano, como vimos el lunes, la perdió: acabó con una alabanza de Job. Pero satán protesta y en su objeción argumenta que si él ha perdido la partida es porque, en realidad, Job ha bendecido a Dios para salvar la vida, por egoísmo, no sinceramente; la prueba, por tanto, tiene que continuar. Y continúa.

La segunda mano de la partida se produce a través de unas llagas terribles en la piel de Job y con la colaboración de su mujer que habla como cómplice inconsciente de satán<sup>1</sup>. Su mujer defiende una religión interesada y condicionada al comportamiento de Dios: el hombre ha de bendecir al Dios benéfico y maldecir al Dios maléfico; así estarán en paz: si su marido tiene estas llagas terribles que lo aíslan de la sociedad es porque Dios es malo e injusto y, por lo tanto, ha de maldecirlo. Ya que Job ha de morir que guste el último consuelo, el de la venganza impotente: maldecir al verdugo. Pero Job, vuelve a salir airoso de la prueba: «*si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?*»<sup>2</sup> Partida perdida para satán. Pero el juego prosigue

El tercer envite de satán consistió en su intervención a través de tres amigos de la víctima: esos fueron sus ases de la baraja. Los amigos trataron inútilmente de hacerlo volverse contra Dios, pero fue en vano. Este envite terminó en un ambiente judicial entre Job y Dios. Job desafía a Dios a que pruebe su culpabilidad. A ver... ¡Demuéstrame en qué he pecado!, era como la conclusión de su intervención].

Ahora, en la conclusión, que comenzó el día de ayer, se llega el turno de Dios, porque Job lo ha desafiado en un duelo verbal, y no puede dejar a Dios sin palabra. Pues bien, la respuesta de Dios se escucha y su contenido y tono frustra la expectación de cada uno. Es una respuesta imprevisible, y este será, es, el último acierto del autor, pues hace a Dios vencedor, pero a Job no culpable: todo a un tiempo.

Y Job descubre su propia ignorancia, retractándose de sus palabras, y enuncia explícitamente la sabiduría de Dios. Y es entonces cuando se le abre el misterio de Dios: «*Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos*». Mientras que antes, en los diálogos con sus amigos, Dios era el tema de discusión, ahora Dios se ha convertido para Job en experiencia: lo ha encontrado. Job no podía callar y precisamente por eso lo encontró. Actitud de búsqueda, de incompreensión en el trayecto de su vida, de enojo y enfrentamiento con Dios, pero al final, al reconocer su posición delante de él pudo tener la experiencia de haberlo encontrado.

Al final, en un tono patriarcal se describe el final de la vida de Job; como Abraham, como Isaac, como Jacob...

---

<sup>1</sup> Cfr. LUIS ALONSO SCHÖKEL. *Los Libros sagrados. Vol. VIII, 2. Job.* Ed. Cristiandad. Madrid, 1971

<sup>2</sup> 2, 10

En el relato del Evangelio, desde el punto de vista teológico, estamos en el corazón del mismo. Se nos presenta aquí la novedad esperada por los profetas, por todo el AT en realidad, en unas palabras de Jesús; unas palabras que trascienden la historia y llegan hasta nosotros a través de todos los recovecos del tiempo, porque estas palabras de Jesús no se circunscriben a la historia: están destinadas a cada generación. Son unas palabras contundentes, pero a la vez discretas; son objeto de reflexión y meditación, y sin embargo se niegan a los sabios y a los entendidos. Ha llegado la hora: todo se ha vuelto del revés.

Los valores se han invertido y se han sustituido a las personas: ahora resulta que los humildes pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Esta revelación (y las repercusiones consiguientes) corresponde, nos dice el evangelio, al proyecto de Dios. Es que el Padre está detrás del Hijo y vive en comunión con él. Todo se ha cumplido. Acaba aquí la larga espera de los profetas bíblicos. Comienza aquí el cumplimiento de la paradoja cristiana: es el núcleo duro del evangelio<sup>3</sup>. Ya no son los grandes y poderosos los que reciben la revelación, sino los pequeños y sencillos. Y todo esto por una razón. Porque a partir de ahora Dios inhabitará en el fondo del corazón del discípulo de una manera nueva: El Padre y el mismo Jesús, por la acción del Espíritu vendrán a él y harán morada en él. Pero solo es posible acceder a esa habitación trinitaria a través de una puerta que es muy pequeña, porque así le ha parecido bien al Padre, ante la cual hay que inclinarse para poder atravesarla. O nos inclinamos, o nos quedaremos irremisiblemente fuera. Esta es la revelación.

Son los pequeños, como María, aquellos que no tienen la pretensión de condicionar a Dios ni exigirle que actúe según los intereses personales o de grupo, aquellos que están dispuestos a cumplir su voluntad, simplemente porque es la de Dios, sólo los humildes y sencillos, los que están capacitados para captar y entender la excepcionalidad del tiempo mesiánico y de aceptar que en Jesús Dios se está haciendo presente y se está acercando a cada uno; esto es lo que llenó de gozo a Jesús y por eso exteriorizó su alegría a través de esas palabras para alabanza de su querido Padre.

María es, en la tradición cristiana, el prototipo de la mujer mística –la que “ha visto”- y, por eso, confiada y entregada, su vida giraba continuamente alrededor de un eje: «*Que se haga en mí según tu palabra*»<sup>4</sup>.

Jesús le dice a los discípulos: «*Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven*». Pero podemos extraer una idea sugerente: se puede ver con los ojos de la cara y no hacerlo con el corazón. Eso es lo que les pasaba un poco a ellos todavía, porque acabarán por abandonarlo. Pero María supo ver, desde el principio con los ojos del corazón, por eso Jesús se engendró primero en él antes que en su vientre. Ella guardaba y meditaba todas estas cosas en su corazón, nos dice el mismo Lucas. La condición para ver con el corazón es el hacerse pequeño, sencillo, preocupados por cumplir la voluntad del Padre.

---

<sup>3</sup> Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según San Lucas II Lc 9,51-14,35*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002

<sup>4</sup> Lc 1,38